

ENTRE EL SABER Y EL CONOCER

Moradas del estudio literario

CLAUDIO GUILLÉN



Entre el saber y el conocer.
Moradas del estudio literario

ENTRE EL SABER Y EL CONOCER. MORADAS DEL ESTUDIO LITERA- RIO

CLAUDIO GUILLÉN

PRESENTACIÓN
JUAN PASCUAL GAY



EL COLEGIO
DE SAN LUIS

FICHA CATALOGRÁFICA DE LA VERSIÓN IMPRESA

868.6

G958e

2014

Guillén, Claudio, 1924-2007

Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario / Claudio Guillén ;
presentación Juan Pascual Gay. — 1ª edición. — San Luis Potosí, San Luis Potosí
:

El Colegio de San Luis, A.C., 2014.

110 páginas; 23 cm. – (Colección Investigaciones)

Conferencias pronunciadas en la Universidad de Valladolid en el año 2000

Incluye bibliografía a pie de página

ISBN: 978-607-7601-25-2

1.-Crítica 2.- Guillén, Claudio, 1924-2007 3.- Vega, Garcilaso de la,
1503-1536 – Crítica e interpretación. 4.- Literatura comparada
I.- Pascual Gay, Juan, presentador II. t. III. s.

Primera edición: 2014

Diseño de portada: Natalia Rojas Nieto

Traducción ePub: Ernesto López Ruiz

© Claudio Guillén

© Por la presentación: Juan Pascual Gay

© El Colegio de San Luis

Parque de Macul 155

Fracc. Colinas del Parque

San Luis Potosí, S. L. P., 78299

ISBN: 978-607-9401-83-2

Hecho en México

ÍNDICE

Presentación

Claudio Guillén, entre la querencia y la ejemplaridad
Juan Pascual Gay

Prólogo

De lecturas y maestros y otras admiraciones

Dependencias y divergencias: literatura y teoría

Entre la amistad y el amor: la epístola de Garcilaso

Sobre la continuidad de la literatura comparada

PRESENTACIÓN

CLAUDIO GUILLÉN, ENTRE
LA QUERENCIA Y LA EJEMPLARIDAD

JUAN PASCUAL GAY

EL COLEGIO DE SAN LUIS

Escribir sobre Claudio Guillén es una afortunada coincidencia y un azar dichoso no exento de devoción para alguien que fue su alumno, lo cual sin duda no habla muy bien de mí, pero sí de la generosidad y bonhomía de don Claudio, como siempre lo llamé y, aún ahora, así lo evoco y recuerdo. Un don que no debería, en este caso, exhibir únicamente la distancia entre maestro y alumno, sino, sobre todo, el respeto de quien lo merece, una urbanidad que quizá en la actualidad carece de sentido pero que siempre lo tiene en quien lo amerita; un don que precede al nombre propio y que, en el caso de los verdaderos maestros, acaso sea más singular y necesario que éste. Ese respeto a don Claudio en nada quiere decir que la confianza y el afecto no estuvieran presentes en nuestras conversaciones, al contrario, preservaba a la vez esa admiración y proximidad de quien así lo requería. Don Claudio, en el salón de clases, se mostraba como un erudito capaz de hablar de la más actual poesía israelí en cualquier enclave del centro de Europa, como acercarse de la manera más informada y sencilla a cualquiera de los temas y autores del Siglo de Oro español. El rigor y aparente severidad de sus lecciones se mezclaba con una jovialidad que no se sabía muy bien de dónde venía, pero que siempre estaba presente, y de seguro era esta curiosidad e interés acerca de cuanto lo que le rodeaba la que le impulsaba a acompañarnos a Nicanor Vélez, Mar-

tin Köppenfels y a mí en nuestras conversaciones en el Bar del Centro, próximo a la calle de Tallers, a cinco minutos del edificio Central de la Universidad de Barcelona, frontera emblemática y reconocida que principiaba el Barrio Chino.

En lo personal, me llamaba la atención que alguien que había sido catedrático en Princeton o Harvard, cuando Harvard en nuestra mente resonaba a no se sabe qué, pero siempre algo inalcanzable y sofisticado como los ambientes del *Gran Gatsby*, se sentara en los sillones de hule rojo, heridos por las múltiples quemaduras de los cigarrillos cuando todavía estaba permitido quemar sus fundas y el humo del cigarrillo abigarraba el local aun cuando no hubiera nadie. Poco tenía que ver ese ambiente, más bien marginal y precario, o así me lo parece ahora, con las evocaciones propias de un especialista fino y agudo de las sesiones de jazz en el Carnegie Hall de Nueva York a las que había asistido o, como decía, a los que había tenido la suerte de asistir; alguna vez me comentó, como acariciando un recuerdo muy personal y exclusivo, curiosamente en su vida excepcional, haber asistido a una actuación mano a mano de Charlie Parker con Dizzy Gillespie. Las conversaciones en aquel extravagante bar del chino eran rápidas y ágiles, imprevisibles y nerviosas, en donde se hablaba de todo o, por lo menos, así me lo parecía; porque, ¿de qué iba a hablar una personalidad como la de don Claudio? Pues de todo. Ese todo, en realidad, debía de ser mi apreciación, puesto que nos abría mundos no sólo desconocidos por completo, sino para los que ni Martin, ni Nicanor ni yo teníamos palabras. Don Claudio nos proporcionaba esas palabras y, por tanto, la posibilidad de imaginar esos otros mundos. Eso habla sin duda de nuestra ignorancia absoluta, pero sobre todo de la paciencia y resistencia de Guillén a las tonterías o *boutades*, como le gustaba decir, que perpetrábamos. Recuerdo ahora que don Claudio siempre bebía *gin- tonic* cuando compartía con nosotros y de vez en cuando nos invitaba a un cigarro, siempre con la advertencia de que era asmático. Seguramente, al acabar esos ratos, el maestro se iría al Liceo de la Ópera, muy cerca de donde estábamos;

Martin, a reescribir sus poemas; Nicanor, a seguir entregando volantes en el metro; y yo, a mi casa aturdido todavía por la reciente conversación. Si la memoria no me traiciona, tenía don Claudio un R5 de color naranja o butano, tan viejo que el freno lo tenía que echar con las dos manos, el mismo esfuerzo que realizaba cuando lo arrancaba. Y ahora mismo caigo en la cuenta de que conducía mal, y de que yo mismo me agarraba a lo agarrable en aquellos momentos en los que, más timorato que perplejo tras la primera experiencia, me subía al coche sin tener la certeza de que llegaría a destino y viendo pasar los kilómetros a mis pies por alguna de las aperturas que la herrumbre había calado en el piso del auto. En ocasiones, don Claudio y yo desayunábamos los viernes en el Bar Cristal, en Plaza Molina, un espacio que la Escuela de Barcelona adoptó, por un tiempo, como el centro de sus actividades. Allí, en ese espacio cartografiado de manera suficiente por Carme Riera, confortable y elitista hasta cierto punto, don Claudio me habló por primera vez del *Popol Vuh*, de la importancia de *El laberinto de la soledad* o de su primera visita a México, ignorando que años después yo mismo llegaría a este país.

Así, la fortuna ha propiciado la oportunidad de reeditar la presente obra que, miel sobre hojuelas, ha llegado de la mano de un amigo íntimo del propio Guillén, y que ahora considero mío, a quien regaló la dedicatoria al alimón junto con Darío Villanueva, de la primera edición de este libro, y con quien compartió ese raro reconocimiento de las inteligencias y sensibilidades afines, José María Pozuelo Yvancos. El Dr. Pozuelo Yvancos ocupó la cátedra institucional Manuel Calvillo del Programa de Estudios Literarios de El Colegio de San Luis, durante el verano de 2012, y fue esta tesitura la que impulsó la idea de publicar una obra de don Claudio Guillén. Esta edición, como aquella primera, mantiene esa dedicatoria, como no podía ser menos. Un doble agradecimiento, pues, preside estas líneas y esta fortuita ocasión: a don Claudio, por haber dejado este texto para quienes lo conocimos y, sobre todo, para quienes no tuvieron esa suerte; y a José María, por promover y facilitar

que El Colegio de San Luis presente ahora una nueva edición de *Entre el saber y el conocer. Moradas del estudio literario*. Este libro resulta una anomalía en los escritos de Guillén, pero una rareza con reticencias. No es un libro nada más académico, como los que acostumbraba. Humano y cercano, se trata de algo así como una biografía intelectual, en donde se encarga de subrayar con un trazo muy visible la estirpe académica e intelectual de la que procede; una genealogía que lo consigna quizá como una excepción en el ambiente académico y cultural de la España de mediados de los 80 del siglo pasado. Con todo, es necesario destacar que si en su formación tuvieron una decisiva importancia nombres universales del hispanismo, correspondió a esas enseñanzas con la misma fidelidad, lealtad y rigor con las que actuaron esos mismos maestros. Así, don Claudio Guillén era el presente, la actualidad; quizá representaba lo más actual de los estudios literarios, pero asimismo era el mejor pasado de esos estudios. Atento a lo que sucedía en el universo cambiante y complejo de los estudios literarios, no descuidaba en absoluto la literatura hispánica. Al mismo tiempo que refería las aportaciones de Tomasevsky y su teoría de los epígonos, comentaba y situaba en su contenido *El deslinde*, de Alfonso Reyes; glosaba *Palimpsestos*, de Gerard Genette a la vez que subrayaba la sensibilidad de Pedro Salinas en *El defensor*. De Pedro Salinas, precisamente, tomó don Claudio una de sus palabras predilectas: querencia que preside el título de estas líneas. Salinas se refería a la poesía —o, mejor, a la escritura de poesía— como una “querencia íntima”, es decir, como inclinación más instintiva que cerebral. Así, para don Claudio, la literatura siempre fue esa querencia íntima a la que volvía una y otra vez, por delante de las circunstancias y coyunturas en las que se veía atrapada su vida, no siempre gratas y, desde luego, muchas veces incómodas. Y quizá por eso, siempre prevaleció. A buen seguro, su nombramiento como miembro de la Real Academia de la Lengua debió de satisfacerle, pero no tanto por la dignidad de la distinción como por el simbolismo de un colofón merecido a quien durante tan-

to tiempo y tan bien sirvió al español, que prefería llamar castellano, preferencia que yo ni entonces compartía ni tampoco ahora. Con todo, las veces que he llamado castellano al español no he dejado de pensar en Claudio Guillén, consciente de que ese uso, en mi caso, obedece a un movimiento de adhesión y respeto hacia el maestro más que a una auténtica convicción personal.

Si la querencia fue un vocablo privilegiado, no es extraño que el otro que completa el sentido de la propuesta sea *morada*. La morada no es sólo el hábitat de quien vive en ella, sino también los usos y costumbres, la historia y tradición de sus moradores. La morada es pasado y presente, recuerdo y actualidad, a condición de inscribirse en la historia. La querencia es el movimiento natural de quien reconoce su morada, aquel que vuelve una y otra vez a ella no tanto por un acto de voluntad como por la gobernanza del instinto. Ese instinto que llevó a don Claudio, a pesar de sus avatares biográficos (a veces recordaba la liberación de París, en donde entró a bordo de uno de los blindados de la División Leclerc, para la que había hecho labores de inteligencia), a no renunciar nunca a su pasaporte español. Salda así, al alistarse en la Resistencia francesa, la deuda contraída con la República durante la Guerra Civil española en la que no participó.

El libro que el lector tiene ante sus ojos es acaso el libro más personal de Guillén; en puridad de verdad, habría que decir que lo es el primer capítulo. El volumen combina ensayos biográficos con otros académicos, pero adquiere su sentido con ambas partes, puesto que la vida de don Claudio Guillén no se entiende sin la literatura, su predilecta morada predilecta ese lugar del que partir y al que volver. Por mi parte, prefiero las páginas autobiográficas porque me descubren una sensibilidad que, si bien intuía en el pasado, ahora me confirman aquellos atisbos que distraían mi imaginación. No me he tomado la tarea, aunque quizá debería, de cotejar esas notas con las cartas que durante un tiempo nos cruzamos, aunque algo me dice que unas y otras comparten un mismo aire de familia, una misma cifra

elaborada en la formación que había recibido de la que hablaba poco, pero que se hacía presente en cada clase y sesión magisterial. *Entre el saber y el conocer* es un título ajustado y adecuado para un volumen que compendia las dos pasiones del autor, saber y conocer, cuya distinción hace presente su complementariedad y, más allá de otras consideraciones, la lealtad a las enseñanzas recibidas que no es precisamente repetición ni reproducción automática, sino la capacidad de introducir los propios ojos en aquellos ojos, transformar la tradición pero no para negarla, sino para enriquecerla y dotarla de un sentido más complejo y actual. Esa nueva mirada que exige la tradición misma para vivir a plenitud. De ahí la devoción de don Claudio hacia sus maestros, dejando de manera franca lo que entiende por tal: "El maestro es hoy por hoy quien impulsa bien a las claras el mecanismo de ejemplaridad que ha sido fundamental en nuestra civilización, lo mismo Occidental que Oriental. La ejemplaridad es algo que acontece, como un proceso interior a la trayectoria de unas relaciones reales entre hombres y mujeres diferentes". La ejemplaridad exige a la vez el modelo y su réplica, a condición de que ésta ajuste ese paradigma a su individualidad, a la vez que aquél hace lo propio. En efecto, es un proceso que reclama la acción individual previa reflexión; una búsqueda personal relativamente tutelada. La galería que ofrece Guillén desde sus días en el Instituto Escuela de Sevilla y el Liceo en París, hasta las personalidades académicas de Harvard; de Karl Viéror a Werner Jaeger y, entre los hispanistas, Amado Alonso y Dámaso Alonso. Esta plétora de aprendizajes y significados, de orientaciones y sensibilidades inclinó a Guillén a la literatura comparada, disciplina en la que a la postre se inscriben la mayoría de sus trabajos y estudios. Pronto comenzó a colaborar con Harry Levin y Renato Poggioli, a quienes califica de *inspirational figures*. Pero ese mismo ambiente, ya literario, es el que respiraba en casa por medio de su padre, Jorge Guillén, quien le comunicó "la capacidad de admiración" y, una vez en el exilio de Nueva York, el afecto, la amistad y la afinidad de sensibilidad con Fran-

cisco García Lorca y Laura de los Ríos, Ángel del Río, Ernesto Guerra Da Cal, Gustavo Durán, Fernando Teixidor, Joaquín Casalduero, Vicente Llorens, Eugenio Granell, Américo Castro y, desde luego, Pedro Salinas.

Poco puede decirse que no haya dicho en estas páginas Claudio Guillén acerca de estos personajes, compañeros y maestros, privilegiando la mirada del amigo y joven colega, subrayando el lado humano antes que el estrictamente profesional. Trazos rápidos y precisos que consignan aquella ejemplaridad que impulsa hacia la morada literaria y la querencia más trasparente. Por lo demás, el resto del libro vuelve una y otra vez sobre los temas más cercanos al autor: "Literatura y teoría", "la epístola de Garcilaso" y "sobre la continuidad de la literatura comparada".

Por último, quiero reiterar mi agradecimiento a El Colegio de San Luis por esta iniciativa y, en particular, a José María Pozuelo Yvancos por su interés. También a Anuar Jali-fe, que me ayudó en las labores de revisión y cotejo con el texto de la primera edición.

PRÓLOGO

Reúno en este librito las conferencias pronunciadas en la Universidad de Valladolid durante los primeros meses del año pasado:¹ el 24 y el 25 de febrero, el 16 de marzo y el 7 de abril del 2000. Viene siendo costumbre que cada año, mediante la denominada cátedra Jorge Guillén, la ciudad y la universidad acojan de tal suerte a un hombre de letras o artista destacado, no sin recordar, salvando las distancias, la tradición de las Charles Eliot Norton Lectures de Harvard. Los primeros invitados fueron dos escritores admirables, Mario Benedetti y Mario Vargas Llosa. Cuál no sería mi sorpresa cuando se decidió que el siguiente fuera yo, que no merezco tal distinción y ni siquiera me llamo Mario. Al parecer, los responsables fueron unos alumnos que indicaron su interés por oírme y conocerme. Luego lo he debido todo a la irresistible simpatía de Antonio Piedra, que gobierna la Fundación Jorge Guillén, con la eficaz ayuda de Pilar Alonso; ya nuestro colega Javier Blasco, catedrático de Literatura Española en la universidad, que tan generosamente introdujo las primeras conferencias y me presentó a sus discípulos.

A ellos me dirigía al leer el texto que tenía preparado y me sigo dirigiendo a través de estas páginas. Claro está que la versión presente es mucho más extensa; pero no he querido alterar la entonación primera, la actitud casi familiar que mantenía, gracias, en el fondo, a la diferencia de nuestras edades; y a la emoción que me producía la oportunidad de volver a Valladolid.

¿Volver? No sé si en el espacio o en el tiempo. Mi infancia se dividió entre Castilla la Vieja y Andalucía. En el espacio me aguardaron luego innumerables sorpresas, mayo-

ritariamente americanas, incontables vaivenes y trasiegos. Pero si el espacio divide, muchas veces el tiempo une. Pese a no pocos altibajos, procuré a lo largo de los años conservar viva la conciencia —es uno de los efectos del exilio— de mis orígenes, de los de mi padre, a quien en resumidas cuentas he sentido siempre tan cerca, y de los de la familia, suya y mía —allá, no tan lejos, en el paisaje infinito de Tierra de Campos—.

Nunca me ha parecido bien educado el egocentrismo del comentarista. Pero en esta ocasión reconozco que, desde esa diferencia de edades a la que acabo de aludir, he dado entrada esta vez a los recuerdos, he bosquejado semblanzas, he expresado admiraciones y he confirmado discrepancias. Pero que el lector amigo no se llame a engaño. Le aviso que no se va a divertir. El asunto es pronunciadamente profesional y hasta académico —si bien espero que en el sentido menos exangüe de este segundo adjetivo—. Se trata del estudio de la literatura, en sus fases más avanzadas y fiables, es decir, naturalmente, en el ámbito de las universidades; y más en concreto de las españolas, cuya prosperidad deseo con fervor y a las que al final de mi segunda conferencia consagro por lo tanto unas críticas francamente severas.

Confieso también que me repito de manera descarada. Llega un momento en que frente a un público de jóvenes parece vana la pretensión de estar al día, de bailar al mismo compás que ellos, por mucho que para uno mismo sea interesante el *aggiornamento*. He pensado que podría serles más útil la recapitulación, el mapa de los caminos transitados durante largos años, la memoria de los maestros y de los conceptos que orientaron mis trabajos y los de mis compañeros. “No hay melodía sin repetición”, me digo a mí mismo en ciertos trances. Pero, sin ser musicólogo, no se me oculta que la cuestión no está tan clara. (La primera vez que se produce esa oración musical, esa conjunción de notas, ¿no existe la melodía ya en el instante en que se cierra sobre sí misma? ¿O es sólo una virtualidad, una inminencia?) Digamos más sencillamente que pueden ser con-

venientes, incluso para quienes ansían la innovación o la ruptura, los puentes que conducen de la orilla del pasado a la del presente y el porvenir.

Es cierto que sin las universidades los estudios de los que hablo —tan varios, o fragmentados, o encontrados, o conciliables: ya veremos— no existirían. Pero no por ello la historia de la literatura y de las artes, el pensamiento teórico en torno a ella y el ejercicio de la crítica han dejado de ocupar un lugar céntrico en nuestra sociedad civil, diariamente perceptible, inseparable del devenir de la inteligencia colectiva. Qué ha de ocurrir en el futuro es sin duda tema de desvelo —bastante más que de definición—. Nunca he confundido la profecía con el razonamiento. No es poca tarea por de pronto el intento de aclarar nuestras ideas y de ser exigentes, muy exigentes, con nuestras formas de historiar, de teorizar y de criticar.

Son muchos los términos y las preocupaciones actuales, en efecto, que entrarían en juego si sacáramos de estas cuestiones metaliterarias y metacríticas todas sus implicaciones: el pluralismo de la persona y de nuestro mundo; el engaño de la idea de identidad nacional o cultural; el error de toda concepción monolítica de la sociedad actual, tan evidentemente estratificada y compleja; y en consecuencia los límites y trampas de la llamada globalización —como concepto y como realidad— desde el punto de vista del estrato cultural y también de algún Otro. Más de una cosa propuse al respecto en un libro bastante extenso hace un par de años. Pero no es el presente librito el lugar donde debajo pueda encararme a fondo con semejantes problemas. Ya te lo dije, lector amigo, baste por ahora con que ni tú ni yo nos dediquemos a simplificar, ni prestemos oídos a quienes lo hacen. Y ojalá otro día nos volvámos a encontrar.

CLAUDIO GUILLÉN

Frigiliana (Málaga), 9 de abril, 2001